

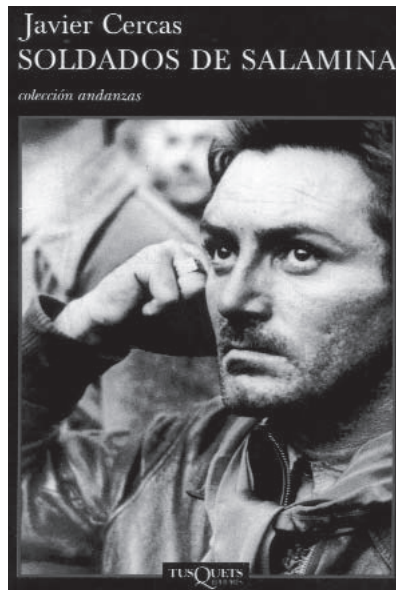
Soldados de Salamina: historia y literatura

Benigno Casas*

Javier Cercas, *Soldados de Salamina*, México, Tusquets, 2001, 209 pp.

Después de leer la novela de Javier Cercas, me vino a la mente un comentario de Álvaro Matute —historiador destacado de la UNAM—, quien reconocía como mínima la diferencia entre historia y literatura, mantenida tal vez por un “hilo muy delgado y fino”. Y en efecto, el historiador y el narrador han tenido como actividad común el estudio y la recuperación del pasado —lejano o inmediato—, diferenciándose tal vez en que mientras el primero lo hace de la manera más “objetiva y fidedigna posible” para enriquecer la conciencia y la memoria históricas, el segundo la realiza de modo menos racional y tal vez más lúdico, con el propósito de recrear o de inventar las vidas personales. Historia y literatura —nos dice Eugenia Revueltas— son “dos tipos de saberes, conocimientos y aprehensión del mundo, que no sólo han caminado por vías paralelas, sino que frecuentemente se han entrecruzado, interrelacionado, de manera que a lo largo del tiempo han integrado un universo rico y

* Editor del *Boletín Oficial del INAH. Antropología.*



pleno que nos permite acceder al conocimiento de lo humano concreto”.

Soldados de Salamina es precisamente ejemplo de esa apreciación conjugatoria del ejercicio histórico y literario, en donde la pasión por encontrar el dato o identificar a los personajes se convierte en una obsesión muy propia del historiador o del antropólogo —más que del narrador—, y se orienta hacia un afán por recuperar y reconstruir la historia de personajes protagonistas de circunstancias particulares que la historia oficial y no oficial de la Guerra Civil española ha pasado por alto y mantenido en el más infame anonimato.

Argumenta Cercas “que uno no encuentra lo que busca, sino lo que la realidad le entrega”, y en esa entrevista periodística que hiciera en 1994 a Rafael Sánchez Ferlosio, la realidad le permitió conocer un relato inédito sobre el fallido fusilamiento de Rafael Sánchez Mazas,

“primer fascista español”, escritor, periodista, ideólogo y jefe de la Falange, además de ministro del gobierno franquista. Conmovero por las circunstancias del suceso, Cercas juzgó pertinente publicar dicho relato en 1999, cuando le fue solicitado un texto con motivo del 60 aniversario de la muerte de Antonio Machado, ocurrida en las postrimerías de la guerra civil (1939). Tal evento no parecería trascendente, si se considera a ese conflicto equivalente en importancia a la Revolución Mexicana de nuestro país. Pero la nota conmemorativa no sería redactada al estilo de la vieja “historia de bronce” —tan recurrente en los discursos de la burocracia política y en los medios alienados, que repiten de manera estoica y acrítica el santoral de los héroes nacionales—, sino que incluiría la recién recopilada anécdota sobre el falso fusilamiento del líder falangista, sucedido por la mismas fechas que la muerte de Machado. Escribe Cercas en su artículo titulado “Un secreto esencial”:

... Más o menos al mismo tiempo que Machado moría en Collioure, fusilaban a Rafael Sánchez Mazas junto al santuario del Collell. Sánchez Mazas fue un buen escritor; también fue amigo de José Antonio Primo Rivera, y uno de los fundadores e ideólogos de la Falange. Su peripecia en la guerra está rodeada de misterio. Hace unos años, su hijo, Rafael Sánchez Ferlosio, me contó su versión. Ignoro si se ajusta a la verdad de los hechos; yo la cuento como él me la contó. Atrapado en el Madrid republicano por

la sublevación militar, Sánchez Mazas se refugió en la embajada de Chile. Allí pasó gran parte de la guerra; hacia el final trató de escapar camuflado en un camión, pero le detuvieron en Barcelona y, cuando las tropas de Franco llegaban a la ciudad, se lo llevaron camino de la frontera. No lejos de ésta se produjo el fusilamiento; las balas, sin embargo, sólo lo rozaron, y él aprovechó la confusión y corrió a esconderse en el bosque. Desde allí oía las voces de los milicianos, acosándolo. Uno de ellos lo descubrió por fin. Le miró a los ojos. Luego gritó a sus compañeros: “¡Por aquí no hay nadie!”. Dio media vuelta y se fue. [...] Nunca sabremos quién fue aquel miliciano que salvó la vida de Sánchez Mazas, ni qué es lo que pasó por su mente cuando le miró a los ojos...

Recalco, la nota tal vez no hubiera tenido trascendencia alguna para el narrador, si prescindiera de esa anécdota sobre la parte oscura de la historia española reciente, de la que aún no cicatriza heridas, que provocó además comentarios en favor y en contra. Motivado por la reacción provocada por su texto, Cercas inició un largo camino de diálogo y búsqueda. Primero con el historiador Miquel Aguirre, quien atribuyó también la sobrevivencia de Sánchez Mazas a la protección brindada por “Los amigos del bosque”, comunidad compuesta por campesinos y milicianos republicanos desertores, que en la región de Collioure brindaron alimento y protección al falangista, al margen de la disputas políticas y militares



que aún se daban por el poder. Pero la mayor incógnita de Cercas seguía siendo la personalidad del miliciano salvador de Sánchez Mazas, y de la ideas que pasaron por su cabeza en esos momentos, al mirar al falangista frente a frente. Reconoce Cercas:

...lo que a mi me fascinó es ¿por qué ese hombre hizo lo que hizo? ¿Por qué un hombre que tiene que matar a otro, tiene que delatarlo, decide no hacerlo? ¿Qué había en esa mirada? ¿Qué pensó ese hombre? Ése es precisamente el motor de la historia, la fascinación por ese episodio tremendo. La aventura de guerra de Sánchez Mazas fue increíble, fue asombrosa, fue tremenda, yendo de un lado a otro desesperadamente. Y por otro lado esa escena, esa simple escena. En el fondo la novela es la historia de una mirada..., es un poco una novela de de-

tectives, sólo que en lugar de buscar a un asesino lo que se busca es a alguien que no asesinó.

A instancias de Miquel Aguirre, Cercas pudo conocer a Jaume Figueiras, quien le comentó diversos testimonios sobre la relación de amistad que sostuvo su padre con Sánchez Mazas, recomendándole a su vez ponerse en contacto con su tío Joaquim Figueiras, miliciano sobreviviente, desertor e integrante de “Los amigos del bosque”, quien seguramente tendría muchas más cosas que contarle sobre lo sucedido en Collioure.

Joaquim Figueiras, junto con María Ferré y Daniel Angelats, formaban un grupo sobreviviente de “Los amigos del bosque” (ahora mayores de 80 años de edad), y todos ellos mantuvieron una relación de amistad con Sánchez Mazas en esos momentos críticos de su vida. En el trato que Javier Cercas tuvo con cada uno de ellos le permitió conocer con más detalles el contexto del “fusilamiento” y diferentes aspectos de la vida de Sánchez Mazas, aunque nada aún sobre el salvador principal de su existencia.

Quiso el destino de la actividad periodística que Javier Cercas entrevistara por encargo de su periódico al escritor chileno Roberto Bolaño, con quien iniciaría y mantendría una duradera y estrecha amistad, gracias a la cual llegaría a enterarse de la existencia de un viejo republicano, de nombre Antonio Miralles, quien después de muchas vicisitudes resultaría ser el miliciano perdonador de la vida de Sánchez Mazas.



Personaje subyugante y profundo, olvidado completamente por su familia y por la memoria histórica, como muchos otros combatientes que él recordaba con vehemencia y reconocía como héroes, por haber sido sus compañeros de lucha. Cercas se encargaría de “rescatar”, o por lo menos de dar testimonio de su existencia en la novela que ahora motiva estos comentarios. Con el descubrimiento que el autor logra de Antonio Miralles, y la revelación que obtiene a partir de sus testimonios, cierra finalmente el periplo y la historia de la novela construida por Cercas.

En la novela, la guerra civil española sirve de pretexto y no tiene como objetivo el historiar acerca de ésta, pues se ha escrito mucho sobre ella. Más bien es una forma distinta de acercarse a la misma, apelando a la historia de los personajes de carne y hueso que la vivieron, de cómo el

pasado se convierte en presente, mientras el recuerdo se mantenga:

...los muertos no mueren del todo si hay alguien que los recuerda, o si quieres decirlo de otra manera, la memoria es el cielo de los que no creemos en el cielo, los muertos se aferran a los vivos, yo si me muero, mientras mi madre me recuerde seguiré vivo, cuando muera mi madre entonces moriré de verdad...

La crítica ortodoxa probablemente descalifique la validez narrativa o histórica de *Soldados de Salamina*, dada su naturaleza narrativa, porque ella reúne variados elementos: desde los autobiográficos del autor, lo mismo que aspectos resultado de su trabajo periodístico y sobre todo de la indagación histórica. Hasta donde percibimos, la ficción en este caso parece ser dejada de lado, y tal vez esta actitud constituya el mayor de los “pecados” atribuibles a su autor, en presumible opinión de los puristas de los géneros narrativos.

Por lo mismo, su estilo resulta hasta cierto punto complejo, dada la combinación de distintos planos narrativos y sincrónicos, con algunas dificultades de comprensión, sobre todo para quienes se han habituado a las nuevas literaturas, mejor conocidas como *light*, de fácil digestión y de gustoso consumo masivo.

La construcción narrativa de *Soldados de Salamina* parte de cero, o del azar, por llamarle de alguna forma, y una entrevista periodística (a Sánchez Ferlosio) sirve de pretexto al autor para iniciar la aventura, lo



mismo que el diálogo consigo mismo respecto a la situación anímica personal (muerte de progenitor, trueno con la esposa, semiabandono del oficio, acercamiento con la sensual Conchi, etcétera). Su trabajo periodístico le permite interactuar con sus lectores conocedores del tema, lo que a su vez le abre nuevos horizontes de indagación histórica, a través del testimonio de familiares y de algunos protagonistas sobrevivientes de los acontecimientos. Su acendrada labor, en la que se combinan los oficios de periodista, escritor, historiador, antropólogo y psicoanalista, le motivan cada vez más a ir construyendo su historia, que sin embargo no tiene un final feliz. La incógnita persiste al preguntar por fin al viejo miliciano sobre qué pensaba en el momento de perdonar la vida a Sánchez Mazas, y obtuviera por única respuesta: “Nada”.